

¿Las chicas arriba? Las mujeres jóvenes y el contrato sexual posfeminista¹

Angela McRobbie

Dado que las primeras decisiones acerca de la educación y el empleo influyen en las oportunidades posteriores, sólo las mujeres más jóvenes pueden tomar muchas de sus decisiones sobre el empleo y la vida en un contexto de igualdad de oportunidades. Así que la edad es crucial para las nuevas formas de diferencia y las desigualdades entre mujeres.

(WALBY 1997: 41)

Es probable que la educación de las niñas sea el catalizador más importante para los cambios en la sociedad.

(AUGUSTO LOPEZ-CLAROS, economista principal en el Foro Económico Mundial, citado en *The Guardian*, mayo 2005: 8)

Y ahora resulta bastante claro que el peligro ha cambiado.

(FOUCAULT 1984: 344)

Los patriarcados renacientes y la acotación del género

Este análisis de un "nuevo contrato sexual", ahora aparentemente disponible para las mujeres jóvenes, toma como punto de partida algunos comentarios hechos de pasada por unas cuantas teóricas feministas en los últimos años. Primero tenemos la intervención de Judith Butler con

¹ Este artículo apareció como "Top Girls?" en *Cultural Studies*, 21: núms. 4-5, julio/septiembre 2007, pp. 718-37. Un agradecimiento a mis estudiantes de doctorado Kim Allen y Hatty Oliver. Gracias también al ESRC Identities Programme que me invitó a ofrecer una primera versión de este trabajo en enero de 2006 y a Sarah-Banet Weiser de la Universidad de Southern California, quien también me invitó a presentar estas ideas en febrero 2006. Gracias también a Tony Bennett por pedirme una versión de este trabajo para una conferencia en el CRESC Conference en Manchester, 2005. [Agradecemos a la autora el permiso para su publicación. N. de la E.]

Mi uso del término "contrato social" en este contexto es cultural más que legal, y debe entenderse como una disposición hacia las mujeres jóvenes por parte del gobierno que incluye la educación, el empleo, el control de la fertilidad dentro de condiciones específicas. En este sentido mi uso del término es bastante distinto a aquel del lenguaje más contractual de Pateman (1988).

respecto a sus ricos y complejos equívocos sobre el matrimonio gay y sus reflexiones acerca de las políticas del parentesco sobre el declive en la política sexual radical en los últimos años (Butler 2005). En segundo lugar, está el importante argumento de Mohanty, en su artículo "Under Western Eyes Revisited", de que la reestructuración del capitalismo mundial flexible ahora depende mucho de la mano de obra voluntaria de niñas y mujeres, y que esto trae consigo una redefinición decisiva de las relaciones de género y también formas de acotación por parte de los "patriarcados y masculinidades hegemónicas" (Mohanty 2002). Mohanty argumenta que a las mujeres jóvenes se les asigna un papel central en el nuevo mercado laboral mundial, pero este avance coincide con el desvanecimiento del feminismo y del movimiento de las mujeres, tan es así que después de Beijing, el sitio más importante para luchar contra la injusticia de género ha sido el movimiento contra la globalización. Recuerda que cuando escribió "Under Western Eyes" había "un movimiento de mujeres vibrante, transnacional, mientras que el lugar desde donde escribo ahora es muy diferente" (Mohanty 2002: 499). Mohanty sugiere que la tendencia general de la política mundial hacia la derecha y el declive de los modelos sociales de bienestar coinciden con "procesos que recolonizan la cultura y la identidad de las personas" (Mohanty 2002: 515). (La palabra "recolonizar" es pertinente para el argumento que aquí presento.) Estas dos observaciones de Butler y Mohanty hacen eco del énfasis que recientemente he puesto en el género, los medios y la cultura popular. He argumentado que, en los contextos predominantemente primer mundistas, la atribución de libertades aparentemente posfeministas a las mujeres jóvenes, más evidentes en el ámbito cultural en forma de una nueva visibilidad, se transforma, de hecho, en una ocasión para deshacer el género (McRobbie 2004). Ahora se da por sentado que los varios asuntos políticos asociados con el feminismo están ampliamente reconocidos y atendidos (se han convertido en sentido común feminista), con el resultado de que ya no hay cabida para el feminismo en la cultura política actual. Pero esta desautorización permite la sutil renovación de las injusticias de género, al tiempo que también se reinstauran normas patriarcales vengativas. Estas se pasan por alto o se ignoran, porque quedan eclipsadas por los resplandecientes tropos de libertad ahora asociados con las mujeres jóvenes mediante procesos de individuación femenina lograda por medio de un conjunto de tecnologías del yo. Sobre estas bases, mi propia interpretación del posfeminismo es equiparable a un "doble movimiento": paradójicamente, se asegura el acotamiento del género por medio de la amplia difusión de discursos acerca de la libertad de las

mujeres y la igualdad (putativa). Las mujeres jóvenes pueden salir adelante con la condición de que el feminismo desaparezca.

La explicación de Sylvia Walby (2002) para este abandono de prácticas feministas anteriores más autónomas en favor de la colaboración con la política establecida (*mainstream*) en el escenario nacional y global, contrasta con este análisis de las nuevas restricciones a la equidad de las mujeres. Como el feminismo ha tenido varios éxitos, argumenta Walby, ahora es apropiado reposicionar la política feminista dentro de la política establecida. El feminismo ha tenido un profundo impacto en el campo de los derechos humanos mundiales y, en efecto, ha transformado la agenda de los derechos humanos. También ha sido efectivo en el nivel del estado-nación en el Reino Unido en tanto que los temas de género están plenamente integrados al campo político más amplio. Estos cambios, junto con la participación de las mujeres en el trabajo, dan pie al surgimiento de un nuevo "régimen de género". Entonces, el modelo de Walby es acumulativo en cuanto a los triunfos que se han logrado, y lineal, en tanto que el feminismo va de las acciones locales y la autonomía hacia el escenario mundial, y gracias a esta presencia y participación, y a la luz de las posibilidades que emergen de la globalización, el propio feminismo cambia para incluir redes de apoyo, alianzas y coaliciones que son capaces de organizarse para cumplir con requisitos particulares o culturalmente específicos. Walby aprueba las políticas de género multifacéticas establecidas con base en el reconocimiento institucional. Ofrece una explicación persuasiva (aunque de arriba hacia abajo) y positiva de la profesionalización e institucionalización del feminismo. Además, su propia participación en asuntos de política relacionados con las mujeres (por ejemplo, el Women's Budget Group del gobierno británico) es importante. Pero este modelo de régimen de género es muy distinto al que propongo en las páginas siguientes, porque Walby sugiere que la institucionalización y la capacitación, la participación y el aumento de la pericia feminista y la presencia de mujeres profesionistas en el escenario mundial han ocurrido de manera progresiva. No menciona las condiciones más amplias y punitivas sobre las que descansa el éxito de las mujeres. Tampoco está atenta a las nuevas restricciones que surgen como costo por la participación ni, de manera más general, a la reformulación de las desigualdades de género que son parte integral de las renacientes políticas neoliberales mundiales. Walby reconoce el lugar de las mujeres como productoras en la economía mundial, pero pasa por alto su importancia como consumidoras de la cultura mundial, a pesar de

que donde más se evidencian los procesos de reestabilización del género es en el ámbito del comercio.

Habiendo reconocido estas perspectivas feministas recientes, este artículo se pregunta ¿cómo explicamos la gama de transformaciones sociales, culturales y económicas que han dado pie a una nueva categoría de mujer joven? Si tales cambios se han consolidado en una tendencia discernible en el Reino Unido (y en otros lados) en los últimos diez o quince años, ¿qué podemos decir acerca del reposicionamiento definitivo de las mujeres jóvenes que al parecer conlleva esto? Transformaciones como aquellas descritas más adelante tienden a verse como positivas, son recordatorios palpables de que han mejorado las vidas de las mujeres. Pero la perspectiva feminista que aquí se presenta está alerta ante los peligros que surgen cuando un conjunto de valores e ideales feministas (en su mayoría liberales) parece estar inscrito en un intento más profundo y decidido, emprendido por un conjunto de fuerzas políticas y culturales, por reformular las nociones de feminidad de modo que sean más acordes a las formas sociales y económicas (neoliberalizadas) nuevas y emergentes. Y en un contexto en el que tanto en Europa como en EUA ha habido un giro decisivo hacia la derecha, esto también puede verse como una manera de reestabilizar las relaciones de género en contra de la amenaza disruptiva del feminismo. No se trata tanto de retrasar el reloj, sino de adelantarlo para asegurar un pacto de género posfeminista, un nuevo contrato social.² La reciente explosión discursiva sobre las categorías de "niñas" o de "mujeres jóvenes" representa y crea estos procesos de reestabilización del género.

Los significados que ahora convergen alrededor de la figura de la niña o de las mujeres jóvenes (que, desde una perspectiva cultural inglesa, tienen valor de exportación mundial incluyendo películas como *El diario de Bridget Jones* y *Quiero ser como Beckham*) ahora están más cargados hacia la capacidad, el éxito, los logros, el disfrute, el derecho, la movilidad social y la participación. Las dinámicas de la regulación y el control tratan menos acerca de lo que las mujeres jóvenes no deben hacer y más acerca de lo que sí pueden hacer. La producción de la juventud femenina ahora comprende un constante flujo de incitaciones e incentivos para participar en una gama de prácticas especificadas que se interpretan como progresistas, así como

² El término "contrato social" por supuesto está asociado con el influyente trabajo de Carol Pateman (1988).

consumada y tranquilizadamente femeninas. Lo que parecen sustentar estas prácticas es la sugerencia de que ahora las mujeres jóvenes han ganado la batalla por la igualdad, han conseguido el reconocimiento como sujetos dignos de la atención del gobierno, y esto ha reemplazado cualquier necesidad de cuestionar desde el feminismo aquello que Mohanty denomina "las masculinidades hegemónicas".³

La niña aparece en una gama de espacios sociales y culturales como un sujeto verdaderamente valioso para la inversión. En el lenguaje del gobierno del Nuevo Partido Laborista en Inglaterra, la niña que se ha beneficiado de la igualdad de oportunidades ahora disponibles para ella puede ser movilizadora como la encarnación de los valores de la nueva meritocracia. El término se ha convertido en una abreviatura para los valores más individualistas y competitivos promovidos por el Nuevo Partido Laborista, particularmente en el ámbito educativo. Hoy en día, el éxito de las jóvenes parece prometer la prosperidad económica, gracias a su entusiasmo por el trabajo y por obtener una carrera. Así, un rasgo definitorio de la juventud femenina contemporánea es la atribución de la capacidad, resumida, como señala Anita Harris, en la frase de la cadena de tiendas Body Shop, la chica "que puede" (Harris 2004).⁴ Esto da pie a la pregunta: ¿qué está en juego en este proceso que otorga capacidad al nuevo sujeto femenino? Atribuir a las mujeres jóvenes tanto la libertad como el éxito, en tanto serie de procesos interrelativos, toma formas muy diferentes cuando se cruzan las fronteras aparentemente más fluidas de clase, etnicidad y sexualidad. Esto produce un conjunto de entramados de configuraciones racializadas y clasificadas de la feminidad juvenil.⁵ Aunque sea necesario trabajar más sobre las especifi-

³ Uso el término "patriarcado" con cautela, consciente de que su uso previo ha sido desplegado como estrategia universalizante, una manera de proponer que las mujeres en todo el mundo comparten lo que de hecho son modos particulares de subyugación. A pesar de esto, empleo el término tomando en cuenta la terminología de Mohanty y su uso de la palabra "patriarcados".

⁴ Harris (2004) y yo hemos hecho estudios similares sobre las emergentes categorías de la juventud femenina, y el libro de Harris, *Future Girl*, destaca por su explicación exhaustiva. Pero mi meta es vincular estos cambios con procesos de acotación y reestabilización.

⁵ El periódico *The Daily Mail* ofrece muchos ejemplos diferentes de las configuraciones racializadas de las jóvenes capaces. Por ejemplo, la arquetípica asiática que ha luchado por romper con las presiones tradicionales de la familia, llegado a la universidad y emprendido una carrera exitosa pero está todavía distanciada de sus padres, es por supuesto un refrito de la vieja idea de "entre dos culturas", ahora actualizada para incorporar las identidades más asertivas y aspiraciones profesionales de las mujeres jóvenes.

ciudades de estas reconfiguraciones de la feminidad, dentro de los paisajes transformados y sin embargo restabilizados de la clase y la raza —donde, de hecho el cambio es el instrumento de la reestabilización—, la idea que quiero subrayar es que el discurso festivo acerca de las oportunidades y los logros es el medio por el que se efectúa este cambio. De ser pensada como una joven encaminada al matrimonio, la maternidad y una participación económica limitada, ahora es una nueva categoría social entendida principalmente como dotada de capacidades económicas. Dentro de ciertas condiciones sociales y restricciones políticas, a las mujeres jóvenes de diferentes procedencias étnicas y sociales, cada vez más educadas, ahora se les exige que se desempeñen como ciudadanas económicamente activas. Se les invita a reconocerse como sujetos privilegiados del cambio social, quizá hasta se espera que estén agradecidas por el apoyo que han recibido. La chica que agradable, vivaz y capazmente "deviene" mujer joven, negra, blanca o asiática, es ahora un heraldo del cambio social.

La mascarada posfeminista

Se ha asociado hiperactivamente a las mujeres jóvenes con una amplia gama de cambios sociales, políticos y económicos de los que ellas mismas parecen ser los sujetos privilegiados. Ahora podemos imaginar a la joven como un ensamblaje altamente eficiente para la productividad. (Esto también marca un cambio: las mujeres ahora figuran en el discurso gubernamental tanto por sus capacidades reproductivas como productivas.) Ahora las ministras y ministros del gobierno animan a la joven mujer a evitar empleos de bajos salarios y tradicionalmente segregados por género, como la peluquería. Se vuelve objeto de preocupación cuando se descubre una gran discrepancia entre los altos niveles de rendimiento académico y una autoestima baja omnipresente.⁶ También recibe la atención del gobierno con motivo de los salarios y beneficios inequitativos en el mercado laboral que son recordatorio de que, de hecho, el gobierno todavía tiene un papel que desempeñar en apoyo a los derechos de las mujeres. Se dirigen a ella como si ya tuviera "conciencia de género", a partir de las políticas de igualdad de oportunidades en el sistema educativo y con toda esta influencia feminista de alguna manera detrás de ella, y ahora se la empuja firmemente hacia la indepen-

⁶ La ministra Tessa Jowell hizo algunos comentarios en este sentido en 2000, cuando lanzó la Cumbre sobre Imagen Corporal del gobierno.

dencia y la autosuficiencia (Budgeon 2001; Harris 2004). Esto supone una constante vigilancia de sí mismas, la creación de proyectos personales y la búsqueda de soluciones individuales. Estos procesos de individualización de las mujeres requieren que las jóvenes se vuelvan importantes para sí mismas. En épocas de tensión, se sugiere que la joven busque terapia, consejo u orientación. Es así un sujeto administrado por las prácticas biopolíticas, posfeministas y conscientes del género de la nueva gubernamentalidad (Rose 1999). Pero podemos preguntar ¿qué tipo de valores de género subyacen a estas preocupaciones? ¿Acaso esta estrategia afirma nuevos estilos de feminidad normativa "retradionalizados" a los que hay que adherirse a pesar de estos aires de cambio en el género (Probyn 1997; Adkins 2002)? Más que explorar estos procesos a través del concepto de retradionalización, prefiero echar mano de algunas vetas del feminismo psicoanalítico para examinar el reposicionamiento del género por medio de la idea de la mascarada posfeminista, entendida como una estrategia de contención adoptada por parte de lo Simbólico (patriarcal) que se enfrenta a la posible disrupción de los binarios estables de la diferencia sexual.

Podemos preguntar, ¿acaso es la mascarada, tal y como la definió Rivière en 1929 y recuperó Butler en 1990/91, uno de los medios conscientes utilizados para animar a las mujeres jóvenes a coludirse con la reestabilización de las normas de género para desarticular los triunfos del feminismo y disociarse de esta identidad política ahora desacreditada? El famoso ensayo de Rivière de 1929 es un escrito al que frecuentemente han vuelto muchas feministas.⁷ Al ser psicoanalista, a Rivière le interesaba cómo "las mujeres que desean la masculinidad pueden ponerse una máscara de feminidad (*womanliness*) para evitar la ansiedad y el temido castigo por parte de los hombres" (Rivière 1929/1986: 35, citada en Butler 1999: 65). Rivière entiende la feminidad y la mascarada como indistinguibles, no hay una mujer naturalmente femenina merodeando debajo de esta máscara. Quiero proponer que la mascarada posfeminista es una estrategia o un dispositivo para reafirmar la ley patriarcal y la hegemonía masculina. La mascarada existe como un tipo de inscripción femenina, un dispositivo de interpelación que actúa y es altamente visible en el ámbito comercial como un estribillo sobre la feminidad conocida (incluso nostálgica) y desenfadada (no seria). Irónicamente ha sido reinstaurado en el repertorio

⁷ Han vuelto a él las feministas quienes, sin embargo, deben haber quedado consternadas por el empleo acrítico que Rivière hace de estereotipos racistas para describir la intersección entre el miedo y el deseo en la fantasía de la mujer (blanca) de ser atacada por un "negro".

de la feminidad.⁸ Esto es señal de que la hiperfeminidad de la mascarada aparentemente reubica a las mujeres dentro de los términos de las jerarquías de género tradicionales, haciendo que lleven tacones altos y frágiles, y faldas apretadas que de hecho no significan constricción, porque ahora son tema de elección más que de obligación. Esta nueva mascarada se refiere a su propio artificio, su adopción por parte de las mujeres se lleva a cabo como una declaración: la mujer de la mascarada está declarando que se trata de una apariencia elegida libremente. Además, la mascarada posfeminista es tanto más efectiva porque parece no temer la penalización masculina. En vez de ello, lo que actúa como una autoridad sustituta es la estructura castigadora de sus sucedáneos, el sistema de la moda y la belleza. (De allí la aparente indiferencia ante la aprobación masculina, especialmente si el atuendo y la apariencia son ampliamente admirados dentro del medio de la moda.)⁹ La mascarada crea un habitus para las mujeres que ahora se encuentran insertas en los campos del trabajo, el empleo y la vida social, todos otrora marcados como dominios masculinos. La mascarada repudia las figuras espectrales, poderosas y castrantes de la lesbiana y la feminista con las que posiblemente podría vincularse. Rescata a las mujeres de la amenaza planteada por estas figuras al reinstaurar triunfalmente el espectáculo de la feminidad excesiva (con base en un salario obtenido independientemente), al tiempo que también refuerza la masculinidad hegemónica porque promueve esta feminidad pública que en apariencia socava, o cuando menos desestabiliza, el nuevo poder adquirido por las mujeres con base en esta capacidad económica. En la práctica puede leerse como un nervioso gesto aññado por parte de las mujeres jóvenes (pensemos en la presencia coqueta de Bridget Jones en el lugar de trabajo, o las reprimendas que se hace a sí

⁸ La atención totalizadora al cuerpo femenino, la imagen, apariencia y el adorno femenino evidentes en el notable aumento de programas televisivos sobre este tema, así como el aumento en la circulación de revistas para mujeres y niñas que cruzan fronteras de clase, raza y edad, trazan los contornos de la omnipresencia de la mascarada posfeminista.

⁹ Este es un tema regular en *Sex and the City*. A la pareja de Carrie no parece agradaarle el ridículo sombrero que ella sabe sería apreciado únicamente por los expertos de la moda. Así que llevar el sombrero provoca mucha reflexión, "¿debe o no llevarlo?". Carrie tiende a aferrarse a estos accesorios "ridículos" como marca de su propia identidad independiente. Pero como ella, nosotros sabemos que en última instancia estos accesorios contribuyen a que sea más femenina. Logran que sea más atractiva para los hombres. Su cualidad "exagerada" muestra su vulnerabilidad, su gusto infantil por disfrazarse. Si se equivoca y resulta un tanto tonta es porque todavía es una niña, insegura de sí misma cuando asume la máscara de una mujer.

misma, "qué tonta soy") que todavía se muestran un tanto temerosas de que, al salir adelante y competir con los hombres en el mercado laboral como iguales, estén poniendo en peligro su atractivo sexual. La mujer joven adopta esta nueva mascarada (asumiendo, por ejemplo, el aire de ser "tonta y estar desconcertada" [Rivière 1929/1986: 29] por miedo al castigo ahora que de hecho y legítimamente se encuentra dentro del campo laboral institucional del que en algún momento fue excluida o al que tenía acceso limitado. Esta nueva mascarada conscientemente asumida enfatiza su propio artificio y escenificación, y este espacio de reflexividad también sugiere una profunda ambivalencia.¹⁰ La mascarada posfeminista es una estrategia de complicidad que enfatiza su estatus no coercitivo, es un disfraz de la feminidad altamente estilizado, ahora adoptado como elección personal. Pero la teatralidad de la mascarada, el sombrero ridículo, la falda demasiado corta, de nuevo son maneras de enfatizar, como en las comedias hollywoodenses clásicas, la vulnerabilidad, fragilidad e incertidumbre de las mujeres y el "deseo de ser deseada" de las niñas (Doane 1982; De Lauretis 1987).

Tanto Rivière como Butler hacen referencia a la agresión sublimada dirigida a la masculinidad y la dominación masculina en forma de mascarada. Rivière usa palabras como triunfo, supremacía y hostilidad para describir el enojo de las mujeres que subyace a la fachada del atavío excesivamente femenino. Enfatiza la furia de la mujer profesional que percibe su propia subyugación en el comportamiento desdeñoso de sus pares masculinos. Todo este enojo se transforma en la máscara del maquillaje y en la creación de una apariencia personal altamente estilizada. Esta estrategia reaparece hoy en día en circunstancias muy diferentes. Ahora las mujeres rutinariamente habitan estas esferas masculinas, se encuentran en competencia con los hombres de manera cotidiana. Toman su lugar al lado de los hombres gracias a las políticas antidiscriminatorias, y más recientemente por los sistemas de recompensa meritocráticos avalados por el Nuevo Partido Laborista. La mujer de la mascarada desea tener una posición como "sujeto del lenguaje" (esto es, participar en la vida pública) en vez de existir simplemente como "mujer como signo" (Butler 1990/1999). Es precisamente

¹⁰ Este estilo de ridiculizarse a sí misma con respecto a la adopción de la mascarada posfeminista es claramente evidente en los artículos sobre moda que encontramos en el periodismo de calidad en el Reino Unido, especialmente en *The Guardian* y *The Independent*. Existe un fuerte cariño por la ampliada gama de apariencias y productos femeninos al tiempo que se sabe que efectivamente son un conjunto de actividades "añiadas" superficiales.

porque las mujeres ahora pueden fungir como sujetos del lenguaje (esto es, participan en el mercado laboral) que existe la nueva mascarada para administrar el campo de los antagonismos sexuales y reinstaurar a la mujer como signo. Ahora la joven mujer exitosa debe incesante y repetidamente emperifollarse para enmascarar su rivalidad con los hombres en el mundo del trabajo (esto es, su deseo de masculinidad) y ocultar la competencia que ahora representa, porque sólo con estas tácticas de confianza en sí misma puede asegurar que seguirá siendo sexualmente deseable. La necesidad de la mascarada en un contexto posfeminista sigue siendo fuente de enojo sublimado. Las voces privadas de las heroínas de la popular literatura "chick lit"¹¹ regularmente dan rienda suelta a su enojo e indignación cuando han tenido que volverse sumisas para no enviar las señales equivocadas a los hombres. Sin embargo, obedeciendo "Las Reglas" establecidas para ellas por los nuevos expertos en decoro sexual, ya no pueden arriesgarse a ser vistas como mujeres poderosas por temor a comprometer sus oportunidades de matrimonio y vida familiar, de allí la delgada línea entre la coerción y el consentimiento. El mensaje para la joven mujer posfeminista es que si va a optar por el matrimonio y la maternidad (y jugar derecho) debe adoptar esa máscara de sumisión. Lo que se requiere de la mujer joven dentro de la matriz heterosexual y en busca de una pareja masculina con quien pueda tener hijos es la dramática puesta en escena, actuada con cierto grado de cálculo consciente, de la feminidad seductora. La mascarada funciona para reafirmar las estructuras de poder masculinas al desactivar la presencia y las acciones agresivas y competitivas de las mujeres cuando llegan a ocupar posiciones de autoridad. Reestabiliza las relaciones de género y la matriz heterosexual, como la define Butler, al interpelar a las mujeres repetida y ritualmente en los términos de una complicidad autorreflexiva con la feminidad altamente estilizada. La mascarada funciona preventivamente de parte de lo Simbólico a la luz de las posibles interrupciones planteadas por el nuevo régimen de género. Opera con un movimiento doble, su estructura voluntarista trabaja para ocultar que el patriarcado sigue en pie, mientras que los requerimientos del sistema de la moda y la belleza aseguran que las mujeres sigan siendo sujetos temerosos, impulsadas por la necesidad de la "perfección completa" (Rivière 1929/1985: 42).

¹¹ Literatura para mujeres jóvenes, que trabajan, de entre 20 y 30 años, escrita por mujeres jóvenes y dirigida a ellas. Tal vez la novela más conocida de este "género" es *El diario de Bridget Jones*. N. de la E.

La educación y el empleo como sitios para las capacidades

Hasta ahora he examinado algunos de los términos y las condiciones que permiten que las mujeres jóvenes emerjan como sujetos con capacidades. Esto no es lo mismo que su designación como sujetos en el lenguaje, porque los procesos que atribuyen capacidades llevan las huellas de anteriores antagonismos feministas y las amenazas que representa el feminismo para la autoridad patriarcal, que en consecuencia ha tenido que responder y adaptarse. El sujeto femenino capaz no es únicamente el resultado de este reajuste por parte de lo Simbólico que, si seguimos el argumento de Butler (como lo hago aquí) no es tanto una deidad transhistórica como un horizonte de autoridad socio-histórico (Butler 2000). La designación de "niña" o "mujer joven" en estos términos más amplios también emerge de la actual lógica de la economía política global cuyas necesidades han coincidido fortuitamente en el tiempo con la demanda feminista de justicia, participación, igualdad, etcétera. Las mujeres siempre han sido mano de obra, pero la efectividad del movimiento de mujeres y su aceptación por parte de los gobiernos nacionales, así como de las corporaciones internacionales, ha estado en promover y potenciar esta identidad para establecer un nuevo horizonte de una capacidad de actuar que es reconocida. Dentro del marco del proyecto modernizador del gobierno del Reino Unido, argumento que este proceso de hecho asegura la reestabilización de las jerarquías de género, y en las páginas que siguen consideraré algunas de las maneras en que la educación y el empleo desempeñan un papel esencial en esta redesignación de las mujeres jóvenes. Sugeriría que en este contexto la atribución de la capacidad contribuye a recrear las divisiones sociales de acuerdo con un eje de género más enfático.

Conforme avanzan por el sistema educativo, ahora se asocia a las mujeres jóvenes, más que a sus pares masculinos, con la obtención de títulos académicos. Aunque, por supuesto, la clase y las desventajas étnicas todavía explican las grandes disparidades en la obtención de títulos para ambos sexos, en años recientes el éxito de las mujeres jóvenes, tanto en la escuela como en la universidad, es un rasgo clave del proceso de avance hacia la visibilización. El sistema educativo mira favorablemente a las mujeres jóvenes y las premia por su esfuerzo. El resultado es que la mujer joven llega a ser comúnmente entendida como portadora de títulos, un sujeto activo y con aspiraciones propio del sistema educativo, y encarna el éxito de los nuevos valores meritocráticos que el Nuevo Partido Laborista ha tratado de implementar en la escuelas. Por supuesto que este reposicio-

namiento no significa que podamos hacer suposiciones acerca del éxito de las mujeres en el sistema educativo, únicamente que este es el sitio de una intensa actividad gubernamental. Varios estudios de EUA, el Reino Unido, Australia y Europa proporcionan informes detallados acerca de las diversas desigualdades que recientemente han generado estas mismas prácticas gubernamentales: cambios en los regímenes del estado de bienestar, la disminución de fondos del estado destinados a la educación y el surgimiento de sistemas competitivos de recompensa meritocrática. Todo esto ha impactado negativamente en los logros educativos de mujeres jóvenes provenientes de familias de bajos ingresos. La evidencia sugiere que las niñas blancas de clase media, y aquellas de familias acomodadas o de familias negras y asiáticas privilegiadas, pasan a formar parte de la nueva élite competitiva; y ahora se espera que las niñas de la clase media baja y sus contrapartes de la clase obrera obtengan títulos de nivel licenciatura para poder colocarse en ciertos niveles de competencia y capacidad dentro del mercado laboral flexible. También se sugiere que el 2% de las jóvenes que dejan la escuela sin diplomas son clasificadas ahora más enfáticamente como fracasos escolares y que existen menos vías para que retomen la educación formal, ya que la educación postsecundaria ahora está basada en colegiaturas, préstamos y apoyo parental.¹² La adquisición de grados llega a funcionar como un eje del género de la división social. De hecho a las jóvenes se les califica y señala de acuerdo con su habilidad para obtener diplomas, lo que a su vez les da una identidad como sujetos femeninos capacitados. Hoy en día la joven mujer está normativamente en posesión de una identidad ocupacional distintiva. Los principios que sustentan el nuevo "régimen de género" requieren buena disposición, motivación y aptitud por parte de las mujeres jóvenes, características que, si se inculcan en el sistema educativo, también se mantendrán y desarrollarán en el lugar de trabajo (Walby 2002). Al señalar a las mujeres jóvenes como foco de atención especial, el Nuevo Partido Laborista y otros gobiernos están desplazando el papel y la legitimidad de las intervenciones feministas en las políticas educativas. Al mismo tiempo orquestan esta oportunidad para inculcar los nuevos valores del individualismo competitivo con base en las divisiones de género que están emergiendo, y que se interceptan de maneras novedosas con la clase y la etnicidad para

¹² Esta cifra viene del sitio web <http://www.dfes.gov.uk/regateway/DB/SFR/s000708/SFR04> (gracias a Kim Allen)

producir combinaciones reconfiguradas aparentemente caracterizadas por la apertura y la oportunidad en sustitución de la vieja rigidez estructural. Así, la chica sale adelante o parece volverse disponible como un sujeto del cambio social que tiene la capacidad y la determinación para trascender las barreras del viejo sistema de clase. También destacará como una joven mujer negra o asiática ejemplar, con base en su entusiasmo por el trabajo intenso y la búsqueda de recompensas materiales.

Entonces surge la siguiente pregunta: ¿hasta qué punto puede decirse que los procesos de acotación o reestabilización del género en la escuela y la educación también se están asegurando dentro de los términos generales de las capacidades femeninas? Arnot, Davis y Weiner ofrecen la explicación más exhaustiva de cómo las iniciativas feministas en el ámbito escolar se vieron obligadas a incorporarse y a la larga supeditarse a los valores más agresivamente competitivos promulgados primero por la señora Thatcher y luego por el Nuevo Partido Laborista (Arnot *et.al.* 1999). Señalan cómo la práctica feminista fue oficialmente suplantada por un régimen más orientado a las metas y la rendición de cuentas. Sin embargo, ciertos principios pedagógicos feministas, extraoficialmente insertados, encontraron maneras de negociar esta transición a la lógica meritocrática, para que las mujeres jóvenes pudieran aprovechar algunos de los beneficios de las políticas tanto del viejo feminismo como del Nuevo Partido Laborista. Arnot *et.al.* (1999) describen la manera en que el ataque de la nueva derecha a las prácticas educativas asociadas con la izquierda y el feminismo obligó al profesorado a abandonar el vocabulario que se había empleado con relación a las niñas y la escuela, a favor de uno que enfatizaba resultados, metas y clasificaciones externas. Una chica de alto rendimiento, que podía entenderse como el resultado exitoso de la pedagogía feminista, llegó a encarnar las aparentes mejorías y cambios en el sistema educativo en su conjunto. A pesar de la perpetuación de desigualdades evidentes en la educación secundaria, las autoras dicen que "generaciones sucesivas de chicas se han enfrentado a los retos de los cambios económicos y sociales y del feminismo" (Arnot *et.al.* 1999: 150). Pero esta idea de reto resulta bastante vaga. ¿No podría argumentarse que el nuevo vocabulario educativo, asediado por las iniciativas feministas en este terreno, se da a la tarea de erradicar las huellas del feminismo cuando defiende la causa de las jóvenes para que la pedagogía feminista se vuelva cosa del pasado, quede congelada en la historia educativa como señal de un radicalismo ahora pasado de moda? Este proceso de suplantar y reemplazar

a la pedagogía feminista con esas pedagogías de la nueva meritocracia, en donde las mujeres de cualquier forma desempeñan un papel protagónico, necesita documentarse más a fondo. Este análisis también tendría que incorporar la forma en que la "chica global" se llega a percibir como el sujeto digno de las oportunidades educativas. Con respecto a las prácticas estadounidenses de gobernabilidad, Spivak ha sacado a la luz las formas pedagógicas que están (intermitentemente) disponibles en los programas de apoyo occidentales. Pregunta si acaso no son pedagogías conformistas, más que críticas, y capacitaciones de género que a la larga benefician a las corporaciones globales (Spivak 2000). La chica global, que es el sujeto digno del apoyo internacional en forma de educación, y también el sujeto arquetípico de las iniciativas que incorporan la perspectiva de género, ¿no es también el sujeto ideal, activo y enérgico, más que dócil, de la nueva división laboral internacional ahora interesada en más cosas que sólo sus dedos ágiles (Spivak 2000; Mohanty 2002)?¹³

Si en los países del Occidente afluente la educación sigue siendo el espacio privilegiado desde donde se vigilan y aseguran las modalidades apropiadas para la participación económica femenina, los recientes intentos por parte del gobierno del Reino Unido para crear vínculos más directos entre la educación y el empleo con énfasis en la experiencia laboral, la probabilidad de ser contratado y la cultura empresarial tienen particular resonancia también para las jóvenes. Algunos estudios recientes señalan el aparente éxito de estas iniciativas. Las entrevistadas, pertenecientes a clases y etnias diferentes, en el contexto de la investigación se presentan a sí mismas como motivadas y ambiciosas, con proyectos claros acerca de la dirección que desean seguir desde edad temprana, y frecuentemente hacen referencia al apoyo que obtienen de sus padres, especialmente de sus madres (Harris 2004; Budgeon 2001; Roche 2005). Tener una vida bien planeada surge como una norma social de la feminidad contemporánea. Entonces la pregunta sería: ¿cómo se traslada esto al lugar de trabajo? ¿Hay bases para argumentar que aquí también se da el acotamiento del género por medio del vocabulario de las capacidades femeninas y de varias formas de atención que producen la visibilidad pública de la chica trabajadora o

¹³ El 31 de mayo de 2005, en el programa *Newsnight* de la BBC, Bob Geldof dijo que la mejor manera de asegurar el apoyo estadounidense para África era enfocándose en la educación de las niñas, ya que estas eran una preocupación favorita de George W. y Laura Bush.

la joven mujer de carrera? Las fuerzas que entran en juego para reforzar el nuevo contrato social y que establecen límites tajantes a los patrones de participación y de igualdad de género en el lugar de trabajo (como formas de acotamiento) son inevitablemente complejas y variadas. Sin embargo, para los propósitos de este trabajo, propongo que pueden entenderse, al menos parcialmente, primero dentro de los términos de lo que Crompton describe como el acuerdo social, y luego dentro de aquellos de la nueva economía flexible (Crompton 2002). Rosemary Crompton sostiene que los niveles significativos de permanencia en el empleo y de retorno al empleo de las mujeres poco después de tener hijos en el Reino Unido están basados en un acuerdo social que requiere que la mujer (heterosexual) desempeñe un doble papel, activa en el lugar de trabajo y responsable principal de los hijos y la vida (trabajo) doméstica(o). El elemento del acuerdo social refleja el rechazo a la crítica de la masculinidad hegemónica en el hogar (esto apunta al feminismo) y la resultante dependencia de las mujeres del apoyo gubernamental para las madres que trabajan (o familias que trabajan mucho, para usar terminología del gobierno) dentro de los términos de la agenda del equilibrio entre el trabajo y la vida.

De nuevo el gobierno sustituye a la feminista, desplaza su vocabulario e interviene para ayudar a las mujeres y desviar la legitimidad de la protesta ante la injusticia de las dobles responsabilidades de estas y por ende ante el privilegio masculino.¹⁴ De hecho el gobierno actúa para proteger la masculinidad cuando facilita la doble responsabilidad de las mujeres. Entonces, el acuerdo social (definido más estrechamente por Crompton) es un elemento clave del nuevo contrato social sexual, que está basado en la administración del género y la sexualidad por un conjunto amplio de estrategias biopolíticas que impiden la posibilidad de que un feminismo renovado desafíe la autoridad patriarcal. Simultáneamente, este acuerdo (por ejemplo, el compromiso del ministro de economía Gordon Brown de

¹⁴ Esta misma transposición aparece en los debates recientes acerca de las mujeres y el trabajo. El privilegio masculino, la autoridad patriarcal y la discriminación sexual de ninguna manera son responsables de la desigualdad salarial y las discrepancias entre los sueldos de hombres y mujeres. Según la Women and Work Commission (febrero 2006), esto es más bien resultado de la mala elección de carrera por parte de las mujeres jóvenes, que continúan eligiendo profesiones con sueldos bajos (ver http://www.womenandqualityunit.gov.uk/women_work_commission marzo 2006).

proporcionar guarderías y apoyo a familias de bajos ingresos) también significa que el éxito que las mujeres con hijos obtienen en el lugar de trabajo se reduce como resultado de la ineludible doble carga laboral y de responsabilidad doméstica. Con la llegada de la maternidad, el acuerdo social se aplica tanto en el hogar como en el lugar de trabajo. Se prefieren los empleos compatibles con las responsabilidades del hogar más que aquellos que podrían ser más ventajosos para el ascenso profesional. El Nuevo Partido Laborista también parece beneficiarse por la atención que da a la doble jornada de las mujeres. Con tanta atención y compromiso, ¿qué necesidad podría haber de un análisis que sugiriera que tal acuerdo asegura más que subvierte el privilegio masculino? Nancy Fraser ha argumentado que los hombres deben hacerse responsables de las desigualdades de género en el hogar, mientras que lo que yo he tratado de demostrar aquí es que las fuerzas prevalentes contra este tipo de expectativa surgen de nuevo como posibilidad (Fraser 1997).

Nancy Fraser también argumenta que el Modelo del Proveedor Universal de la Familia predomina sobre el Modelo del Cuidador de la Familia que se asociaba con el viejo régimen de bienestar, y que tomaba en cuenta el papel de las mujeres como cuidadoras y los límites que ese papel suponía para la actividad económica (Fraser 1997). Este papel de cuidadora fue muy criticado por las feministas desde mediados de los años setenta debido a su esencialismo maternalista. Lo que el acuerdo social sugiere ahora es que el Modelo del Proveedor Universal dominante hoy en día sigue siendo profundamente desigual en tanto que supone, de manera normativa, que las mujeres están activas en el mercado laboral y son las principales responsables de proporcionar el cuidado en el hogar. La lógica del nuevo capitalismo flexible en el Occidente afluente y la reducción del apoyo del estado de bienestar a lo que se conoce como el salario familiar significa que todo aquel que pueda trabajar debe hacerlo. El avance sostenido de las mujeres en el mercado de trabajo es claramente ventajoso para el gobierno y la economía. Promete nuevos niveles de riqueza y prosperidad. Armadas con buenos títulos y habiendo sido animadas a mostrar entusiasmo y disposición para construir carreras como marca de las identidades sexuales nuevas e independientes, esta participación femenina se convierte en un rasgo importante del éxito de la nueva economía. La participación en el mercado laboral en el curso de una vida reduce el costo de la seguridad social para las mujeres como sujetos que tradicionalmente han obtenido bajos ingresos, y también reduce el alto nivel de pobreza femenina durante

la vejez. Además, esta inmersión en el trabajo también crea una cultura de consumo próspera y vigorosa dirigida a las mujeres.

Es por estas razones que podemos sostener que las mujeres jóvenes son sujetos privilegiados de las capacidades económicas y, sobre esta base, podemos también esperar que los grados de movilidad social entre mujeres sin hijos sean más marcados. Pero, bajo estas circunstancias de aparente libertad e independencia (esto es, sin hijos ni responsabilidades familiares), ¿puede plantearse que a las mujeres jóvenes se les vuelve a subyugar bajo los términos del Modelo del Proveedor Universal? Scott Lash comenta, de pasada, que las mujeres de hecho son "perdedoras de reflexibilidad" en el contexto de la sociedad de la información (Lash en Beck *et.al.* 1994). Y Lisa Adkins ha explorado con gran detalle la manera en la cual lo que llama las relaciones de género retraditionalizadas remergen en el lugar de trabajo desregulado y con el regreso de las empresas familiares de pequeña escala, que son parte integral de los procesos productivos que sostienen a la cultura de consumo global (Adkins 2002).¹⁵ Es claro que lo que se requiere es un análisis sectorial más exhaustivo de los contextos específicos del empleo en el que participan las jóvenes, y un estudio de las maneras en las que se ubican con respecto a las macro transformaciones del trabajo (como las investigan Castells, Sennett y Beck, entre otros). Para los propósitos de esta investigación truncada, quizá basta con señalar la situación paradójica que se da cuando las mujeres jóvenes fluyen al mercado de trabajo precisamente en el momento en que se están desmantelando las condiciones sociales y democráticas que hasta hace poco propiciaron este logro.

"Pruebas de fertilidad para mujeres de carrera" (Encabezado del *London Evening Standard*, 25 de enero de 2006)

He argumentado que los elementos que componen el nuevo contrato sexual incluyen la participación de las mujeres jóvenes en la cultura de consumo (esto es, en la mascarada posfeminista), el acceso a las oportunidades educativas y el auge de las jóvenes como sujetos de capacidades educativas, vinculados inexorablemente con la expectativa normativa del empleo

¹⁵ También hay ámbitos laborales, como la publicidad, que se esperaría fueran más liberales en sus actitudes acerca de la fuerza de trabajo femenina pero que de hecho, como lo describe Nixon, son dominados por los hombres y abiertamente discriminatorios contra las mujeres (ver Nixon 2002).

femenino (posiblemente durante toda la vida). El último rasgo de este contrato social es la provisión del derecho a la sexualidad y el control de la fertilidad. Sin embargo, como han señalado varias psicólogas feministas en EUA, esta atención a las capacidades reproductivas de las jóvenes frecuentemente se materializa dentro de un discurso con efectos punitivos para aquellas jóvenes cuyas actividades sexuales se interpretan, a raíz de su pobreza y etnicidad, como patológicas. La maternidad juvenil, en todas las clases y etnicidades ahora es portadora de una amplia gama de significados vilipendiados asociados con una feminidad fracasada y con el desprecio por el bienestar del infante. El estatus respetable de la clase media requiere el rechazo de la maternidad temprana y mucho esfuerzo invertido en asegurar que esta norma sea respetada. Si ahora la joven es vista como un ensamblaje de productividad, también se la juzga más duramente cuando tiene una actividad sexual inapropiada. El concepto de planificación familiar surge en las democracias liberales occidentales como mensaje a las mujeres jóvenes para que puedan posponer la maternidad temprana y acumular las ventajas económicas del empleo y la identidad ocupacional, y así contribuir a resolver la crisis del estado de bienestar. Las madres solteras se perciben como irresponsables o se las acusa en la prensa y otros discursos de privar a su hijo o hija del derecho a tener un padre. A pesar de, o más bien gracias a la proliferación de diferentes formas de parentesco en culturas cada vez más multiculturales y sexualmente diversas, la pareja marital resurge como la forma favorecida de vida familiar. Las intervenciones para asegurar que el apoyo se otorgue a quienes se atienen a las reglas de la paternidad y maternidad responsable y económicamente viable, como indica el encabezado arriba citado del *London Evening Standard*, significan que aquellas jóvenes que han seguido los consejos del Nuevo Partido Laborista y han pospuesto la maternidad hasta haber establecido su capacidad para obtener un salario se convierten en sujetos merecedores de inversión.¹⁶

A condición de que no se reproduzca fuera del matrimonio o la relación civil, o se convierta en madre soltera de varios hijos, ahora a la mujer joven se le da prioridad como un sujeto en busca de placer en posesión de un sano apetito sexual y una identidad. La cultura de consumo negocia este terreno

¹⁶ A los pocos días de haberse publicado este encabezado en la prensa, en los programas de televisión matutinos se ensayaron las pruebas de fertilidad antes mencionadas con las mujeres que se encontraban entre el público de los programas.

complejo al invitar a la joven a poner de cabeza el viejo doble estándar sexual y emular los tipos de sexualidad asertivos y hedonistas asociados con los hombres jóvenes, particularmente en lugares para vacacionar y también dentro de los confines de la transgresión autorizada de, por ejemplo, la cultura de la embriaguez del fin de semana. La asunción del falicismo por parte de las jóvenes requiere de atención minuciosa. Aunque esta no sea la primera vez que la chica fálica ocupa un lugar prominente en la cultura popular (ver Bennett y Woollacott 1987: 242-247), las modalidades de la visibilidad actual de esta figura de la chica fálica son distintivas, según yo, debido a la "igualdad" con su pares masculinos que se supone ya lograda y por ende incuestionable. Pero yo argumentaría que este espacio de la igualdad supuesta o imaginada es el sitio de antagonismos intensos y obviamente no resueltos de la heterosexualidad contemporánea. Asumir la posición de chica fálica lleva las marcas superficiales del descaro, la confianza, la agresión e incluso la transgresión (en tanto que rechaza la deferencia femenina de la mascarada posfeminista). Sin embargo, esta es una forma autorizada y temporal de falicismo. Al igual que la mascarada posfeminista, se basa en la renuncia a la posibilidad de criticar la masculinidad hegemónica, por temor a las acusaciones de feminista o lesbiana. De hecho, el lesbianismo se reconfigura como un espacio popular (más que pornográfico) de actividad para mujeres fálicas dentro de los escenarios circunscritos del placer masculino. Este falicismo femenino jugueteón también se sustenta en un conjunto de castigos posibles, que dan pie al aumento de la ansiedad femenina y el dolor para quienes malinterpretan las reglas.¹⁷ La chica fálica busca emular el comportamiento masculino como estrategia posfeminista. En apariencia parece haber obtenido la igualdad en tanto que puede jugar con ellos en su propio juego, expresa un desagrado por el feminismo y, al asumir algunos privilegios masculinos, no tiene motivo para retar a la masculinidad misma. Así como las jóvenes de la mascarada posfeminista, la chica fálica (o *ladette*)¹⁸ sugiere la novedad y el cambio al habitar la feminidad como marca de la igualdad de género lograda, sin que esto proporcione una oportunidad para criticar

¹⁷ El nuevo género de revistas para hombres jóvenes opera como fuente de juicios y castigos agresivos. Entre los posters, páginas desplegadas y las muchas chicas dispuestas a "posar", emerge la voz de la masculinidad triunfante, lo que Beck llama la "certidumbre construida" que de nuevo tranquiliza a los hombres con respecto a su privilegio. Esta es señal de la acotación del género y del patriarcalismo resurgente (Jackson *et. al.* 2001).

¹⁸ Mujeres jóvenes que se comportan de una manera bulliciosamente asertiva o grosera y que toman mucho, según el *Concise Oxford Dictionary*. N. de la E.

a la masculinidad. De hecho puede interpretarse que la posición de la joven fálica ha surgido gracias a la lógica de la cultura de consumo, que en este caso confirma y consolida el privilegio patriarcal y la hegemonía masculina al adjudicar algunos rasgos limitados de este privilegio a las jóvenes con la condición específica de que callen cualquier crítica a sus contrapartes masculinos y sean cómplices de las normas de la nueva cultura del ocio en que la sexualidad se redefine con el lenguaje de los placeres masculinistas propio de la prensa barata. Pero las dinámicas regulatorias de este campo de ocio y entretenimiento sexualizado están ocultas por el predominio del lenguaje de la decisión individual.

En resumen, la dualidad de la diferencia sexual se reconfirma nuevamente y las normas de género se vuelven a consolidar y reestablecer dentro de un marco general de cambio, libertad e igualdad. Dentro de dicha gama de formas de atención, estos términos y condiciones de la visibilidad de la mujer joven se definen principalmente por el dominio comercial. Tanto la mascarada posfeminista como la chica fálica ofrecen posibilidades para reconciliar las formas de poder —ahora disponibles para las jóvenes a partir de que se les atribuyen capacidades— con las demandas para reinstaurar la jerarquía de lo Simbólico (o la autoridad patriarcal). También hay compatibilidad entre los discursos del libre mercado sobre la cultura del consumo (chicas fálicas, mascarada posfeminista) con aquellos que surgen de las oficinas de estado. Y en estas circunstancias en que la sexualidad femenina está bien provista por la administración tanto del estado como de la cultura del consumo, el prospecto de que vuelva a surgir una política sexual más autónoma es mínimo. El nuevo contrato sexual designa a las jóvenes, con una estrategia posfeminista, como sujetos capaces, y al hacerlo parece responder enérgicamente a todas sus necesidades. En todas sus dimensiones, el nuevo contrato sexual apela a su público femenino porque parece tomarlo en cuenta y aparentemente resulta más dispuesto a atender sus necesidades. En este sentido destaca el Nuevo Partido Laborista por sus buenos hábitos en la gobernabilidad cotidiana.¹⁹ Dicho partido inglés también apoya el acceso a formas específicas de la ciudadanía del consumo femenino juvenil, y esto se convierte en una ilustración de la juventud fe-

¹⁹ En 2004, a la ministra del trabajo Tessa Jowell le fue encomendada la responsabilidad de crear grupos focales en todo el país para preguntar qué esperaban las mujeres con respecto al equilibrio entre el trabajo y la vida. Ver <http://www.dfes.gov.uk/work-lifebalance>.

menina contemporánea que circula ampliamente. La chica global, como su contraparte occidental, la chica de carrera, es independiente, trabajadora, motivada, ambiciosa, y capaz de disfrutar al menos algunas de las recompensas de la cultura de consumo femenina, que a su vez se convierte en el rasgo definitorio de su ciudadanía e identidad. Estas reconfiguraciones de la feminidad normativa restabilizan las identidades sexuales que, de lo contrario, podrían trastocarse como resultado de estas nuevas posiciones ocupacionales, logros educativos y control de la fertilidad disponibles para las jóvenes, y por supuesto la presencia espectral, o las persistentes secuelas, de la política feminista. Esta reestabilización del género implica al mismo tiempo la recolonización de las jóvenes del tercer mundo, que ahora se encuentran presentes en los discursos del neoimperialismo y el multiculturalismo corporativo. La ciudadanía del consumo global basada en la hiperactividad, la capacidad entusiasta y la luminosidad visible de los sujetos femeninos juveniles marca los contornos de los nuevos peligros para las mujeres.²⁰ Con estas formas de contención en el paisaje de la feminidad espectacular, las mujeres de nuevo quedan desplazadas de la vida pública, la esfera política y las posibilidades del feminismo. Aunque la pregunta acerca de cómo puede resurgir el feminismo está abierta, y por supuesto necesitaría ser una especie de feminismo diferente del que influye en esta discusión, y aunque también es imperativo comprender la espectralidad como una efectividad sin nostalgia, lo aquí expuesto acerca de las prácticas generalizadas de actividad biopolítica es que estas operan para disminuir la actividad en la esfera de la política formal así como en la sociedad civil. Como han dicho los teóricos sociales, incluyendo a Mouffe (1999), la racionalidad política de estas estrategias neoliberales es otorgar dominio a la vida económica. Para las jóvenes, las oportunidades que se les presentan de cumplir con esto son convincentes, ya que el acceso al mundo del trabajo permite modalidades específicas de una independencia muy deseada. Pero los medios con los que se alcanza este papel en la vida económica sustituyen la identidad política por las ideas de la ciudadanía de consumo, e incrementan las opciones ofrecidas por la cultura de consumo para que estas se extiendan también a los campos sociales y políticos. Para las mujeres jóvenes el nuevo contrato social inscribe estos rasgos dentro

²⁰ Esta noción de capacidad remite a la obra reciente tanto de Sen como de Nussbaum sobre las "capacidades" (ver Sen 1995 y Nussbaum 2003). [Ver *debate feminista*, núm. 39. N. de la E.]

de sus términos generales, y esto podría interpretarse como una tragedia feminista, "la caída de la mujer pública" ●

Traducción: Nattie Golubov

Bibliografía

- Adkins, L., 2002, *Revisions: Gender and Sexuality in Late Modernity*, Open University Press, Milton Keynes.
- Arnot, M., David, M. y G. Weiner, 1999, *Closing the Gender Gap*, Polity Press, Cambridge.
- Beck, U., Giddens, A. y S. Lash, 1994, *Reflexive Modernization*, Polity Press, Cambridge.
- Bennett, T. y Woollacott, J., 1987, *Bond and Beyond: The Political Career of a Popular Hero*, Macmillan, Basingstoke.
- Budgeon, S., 2001, "Emergent Feminist (?) Identities", *European Journal of Women's Studies*, vol. 8, núm. 1, pp. 7-28.
- Butler, J., 1999, *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, Routledge, Londres y Nueva York.
- Butler, J., 2000, *Antigone's Claim: Kinship Between Life and Death*, Columbia University Press, Nueva York.
- Butler, J., 2005, *Undoing Gender*, Routledge, Nueva York.
- De Lauretis, T., 1987, *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction*, Macmillan, Basingstoke.
- Doane, M.A., 1982, "Film and the Masquerade: Theorising the Female Spectator", *Screen*, vol. 23, núms. 3-4, pp. 74-87.
- Crompton, R., 2002, "Employment, Flexible Working and the Family", *British Journal of Sociology*, vol. 53, núm. 4, pp. 573-558.
- Foucault, M., 1984, *The Foucault Reader*, ed. Paul Rabinow, Penguin, Londres.
- Fraser, N., 1997, *Justice Interruptus*, Routledge, Londres.
- Jackson, P., Stevenson, N. y K. Brooks, 2001, *Making Sense of Men's Magazines*, Polity Press, Cambridge.
- Harris, A., 2004, *Future Girl*, Routledge, Londres.
- McRobbie, A., 2004, *Post Feminist Popular Culture in Feminist Media Studies*, vol. 4, núm. 3, pp. 255-265.
- Mohanty, C.T., 2002, "'Under Western Eyes' Revisited: Feminist Solidarity through Anticapitalist Struggles", *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 28, núm. 2, pp. 499-535.

- Mouffe, C., 1999, *The Democratic Paradox*, Verso, Londres.
- Nixon, S., 2003, *Advertising Cultures*, Sage, Londres.
- Nussbaum, M., 2003, "Capabilities as Fundamental Entitlements", *Feminist Economics*, vol. 9, núms. 2-3, pp. 33-59.
- Pateman, C., 1988, *The Sexual Contract*, Stanford University Press, Stanford.
- Probyn, E., 1997, "New Traditionalism and Post Feminism", en C. Brunsdon, J. D'Acci y L. Spigel (eds.) *Feminist Television Criticisms*, Clarendon Press, Oxford, pp. 126-39.
- Rivière, J., 1986 [1929], "Womanliness as Masquerade", en V. Burgin y J. Donald (eds.) *Formations of Fantasy*, Methuen, Londres, pp. 35-44.
- Roche, C., 2005, "Celtic Cubs", Tesis de doctorado, University of Limerick, Irlanda.
- Rose, N., 1999, "Inventiveness in Politics", *Economy and Society*, vol. 28, núm. 3, pp. 467-493.
- Sen, A., 1995, "Gender Inequality and Theories of Justice", en M. Nussbaum y J. Glover (eds.), *Women, Culture and Development*, Oxford, Clarendon Press, pp. 259-73.
- Spivak, G.C., 2000, ponencia inédita ofrecida en Goldsmiths College, Londres.
- Walby, S., 1997, *Gender Transformations*, Londres, Routledge.
- Walby, S., 2002, "From Community to Coalition", *Theory, Culture and Society*, vol. 18, núm. 2-3, pp. 1-23.